

El bandido respondió:

—Por instigación de otro.

—Quién os arrastró á ese crimen?

—Un hombre que se llama Hacket.

—Quién es ese Hacket?

—Un agente de Schumacker, á quien llamaba conde de Griffenfeld.

El presidente se dirigió á Schumacker, preguntándole:

—Conoceis á Hacket?

—Os habeis anticipado á mis palabras, señor presidente: iba yo á deciros también si le conocíais.

—Juan Schumacker, contestó el presidente, mal os aconseja el odio. El tribunal sabrá apreciar vuestro sistema de defensa.

El obispo tomó la palabra.

—Señor secretario íntimo, dijo encarándose con el hombre de baja estatura, que parecía desempeñar las funciones de escribano y de acusador, ¿se encuentra Hacket entre vuestros clientes?

—No, señor reverendísimo, respondió el secretario.

—Se sabe qué es de él?

—No fué posible prenderle; desapareció.

Se conocía que al decir esto desfiguraba la voz el señor secretario íntimo.

—Es de suponer que se haya desvanecido, replicó Schumacker.

El obispo continuó:

—Señor secretario, ¿persigue la justicia á Hacket? ¿se conocen sus señas personales?

Antes de que respondiese el secretario íntimo se puso en pie uno de los acusados; era un joven minero, de semblante áspero y altivo.

—Fácil sería tenerlas, dijo con voz enérgica. El miserable Hacket, el agente de Schumacker, es un hombre de baja estatura, de rostro franco... Por cierto, señor obispo, que su voz se parece mucho á la de ese señor que escribe junto á la mesa y que vuestra reverencia llama, según creo, *secretario íntimo*. Y si esta sala no estuviese tan oscura y el señor secretario íntimo no tuviese la cara tan cubierta de pelo, me atrevería á jurar que sus facciones se asemejan á las del traidor Hacket.

—Nuestro compañero dice la verdad, exclamaron los dos prisioneros que estaban al lado del joven.

—Puede que sea así! murmuró Schumacker con expresión de triunfo.

No pudo reprimir el secretario involuntario movimiento, producido ó por el temor ó por la indignación que le cau-

saba el verse comparado á Hacket. El presidente, que parecía también turbado, se apresuró á levantar la voz:

—Prisioneros, no olvideis que no podéis hablar hasta que el tribunal os interroge; y sobre todo, guardaos de ultrajar á los ministros de la justicia con comparaciones indignas.

—Sin embargo, señor presidente, dijo el obispo, el acusado se limitó á dar las señas de Hacket, y si ese culpable presenta algunos puntos de semejanza con el secretario, esto podría sernos útil.

El presidente le interrumpió:

—Han de Islandia, ya que tuvisteis frecuentes entrevistas con Hacket, decidnos, para satisfacción del reverendo obispo, si ese hombre se parece ó no á nuestro secretario.

—No se parece, señor, respondió el gigante sin vacilar.

—Ya lo oís, señor obispo, dijo el presidente.

Aseguró el obispo que quedaba satisfecho, y el presidente se dirigió á otro acusado, pronunciando la fórmula de costumbre:

—Cómo os llamais?

—Wilfredo Kennybol, de las montañas del Kole.

—Estábais con los insurrectos?

—Sí, señor; la verdad vale más que la vida. Me prendieron en las malditas gargantas del Pilar Negro, capitaneando á los montañeses.

—¿Quién os impulsó al crimen de la rebelión?

—Nuestros hermanos los mineros se quejaban de la tutela real, y no hay cosa más natural, como comprenderá vuestra cortesía. Aunque el hombre solo tenga una miserable choza de barro y dos pellejos de zorra, le gusta ser amo de su casa. Se quejaron al gobierno, éste no les hizo caso y pensaron en rebelarse, pidiéndonos nuestra ayuda. Tan insignificante servicio no se debe rehusar á hermanos que recitan las mismas oraciones y son devotos de los mismos santos, y esto es todo.

—¿Quién atizó, organizó y dirigió vuestra rebelión?

—Un traidor llamado Hacket, que nos hablaba continuamente de libertar á un conde prisionero en Munckholm, de quien se decía enviado. Nosotros se lo prometimos, porque una libertad más no nos pesaba.

—¿Se llamaba ese conde Schumacker ó Griffenfeld?

—Justamente.

—Nunca le habeis visto?

—Nunca, señor; pero si es ese anciano que os acaba de decir tantos nombres, no puedo menos de convenir en que...

—En qué? le interrumpió el presidente.

—En que tiene una hermosa barba blanca, señor presidente, como la del padre del marido de mi hermana Maase, de la aldea de Surb, que vivió ciento veinte años.

La oscuridad de la sala impidió que se viera el efecto que producía en el presidente la inesperada contestación del montañés.

Mandó en seguida á los arqueros que desarrollasen algunas banderas de color de fuego, que estaban depositadas junto á la mesa del tribunal.

—Wilfredo Kennybol, dijo, ¿reconoceis estas banderas?

—Sí, señor presidente; nos las dió Hacket en nombre del conde de Schumacker, que hizo distribuir armas á los mineros, porque á nosotros los montañeses, que somos cazadores, ninguna falta nos hacían. Yo mismo, que estoy aquí atado como una gallina que espera el asador, yo, más de una vez, desde el fondo de los valles, he alcanzado á las águilas cuando volaban más alto y parecían á la simple vista alondras ó golondrinas.

—Ya lo habeis oído, señores jueces, observó el secretario íntimo; el acusado Schumacker hizo distribuir, por mano de Hacket, armas y banderas á los rebeldes.

—Kennybol, repuso el presidente, ¿teneis algo más que declarar?

—Nada más, señor, sino que no merezco la muerte, porque solo presté ayuda, como buen hermano, á los mineros, y juro que el plomo de mi carabina, á pesar de ser cazador viejo, jamás tocó ni á un gamo real.

El presidente, sin responderle, interrogó á los dos compañeros de Kennybol, jefes de los mineros. El más viejo, que dijo llamarse Jonás, repitió en otros términos la misma declaración de Kennybol; el otro, que era el joven que encontró que se parecían Hacket y el secretario íntimo, dijo llamarse Norbith; confesó sin rebozo la parte que tuvo en la rebelión; pero se negó obstinadamente á revelar cosa alguna relativa á Hacket y á Schumacker, porque juró callar y no quería olvidarse de su juramento. En vano le interrogó el presidente, recurriendo á súplicas y amenazas; él perma-

neció inflexible, asegurando además que él no se rebeló por Schumacker, sino por su madre, que tenía hambre y frío. No negaba que quizás merecería la pena de muerte, pero aseguraba que se cometería una injusticia condenándole á ella, porque al matarle matarían también á su madre, que era inocente.

Cuando Norbith acabó de hablar, el secretario íntimo resumió en pocas palabras los cargos que resultaban contra los acusados, y sobre todo sobre Schumacker. Leyó algunas de las sediciosas divisas escritas en las banderas, é hizo resaltar la unanimidad de las respuestas de los acusados contra el ex-gran canciller, y hasta el silencio del joven Norbith, obligado por un juramento fanático.

—Solo resta, añadió, para terminar, que se interrogue á un acusado, acerca del que tenemos poderosas razones para creerle agente secreto de la autoridad que tan mal ha velado por la tranquilidad del Drontheimnus. Dicha autoridad favoreció, sino con connivencia culpable, al menos con su fatal negligencia, la explosión de la rebelión, que perderá á estos desgraciados y llevará otra vez al culpable Schumacker al patíbulo, del que ya le salvó generosamente la clemencia del rey.

Ethel, que de sus temores por Ordener había pasado por cruel transición á los temores por su padre, se estremeció al oír aquel siniestro lenguaje, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos cuando vió que su padre se levantó y dijo con voz tranquila:

—Canciller Ahlefeld, todo esto me admira: hasta habeis tenido la precaución de hacer venir al verdugo.

La infortunada Ethel creyó agotar en aquel momento la copa del dolor, pero se engañaba.

El sexto acusado se puso en pie noble y altivo, separó de su frente los cabellos que le cubrían el rostro, y á las preguntas que le dirigió el presidente respondió con voz firme y sonora:

—Me llamo Ordener Guldenlew, barón de Torvick, caballero de la orden de Dannebrog.

El secretario íntimo lanzó un grito de sorpresa.

—El hijo del virey! dijo.

—El hijo del virey! repitieron todas las voces.

Estupefacto el presidente, se hizo atrás en el sillón; los jueces, hasta entonces inmóviles en el tribunal, se inclinaron

tumultuosamente unos hacia otros, como las copas de los árboles batidas á la vez por dos vientos opuestos. La agitacion en el auditorio era mayor todavía; subíanse los espectadores por las cornisas de piedra y por las rejas de hierro; la muchedumbre entera hablaba como si tuviese una sola boca, y los soldados, olvidándose de reclamar el silencio, mezclaban sus palabras de sorpresa al rumor general.

¿Quién es capaz de concebir lo que pasó entonces en el alma de Ethel? ¿Quién podrá expresar el efecto que le produjo la mezcla inaudita de amarga alegría y de delicioso dolor? Ordener estaba delante de ella, sin que ella estuviese delante de él; ella le veía y él no! Era Ordener, su querido Ordener, que creía muerto, perdido para siempre; el amigo que la engañó y ella adoraba ahora con mayor delirio. Allí estaba, sí, allí estaba. No era aquello un vano sueño; ¡él estaba allí! ¿Pero aparecía en aquel momento solemne como un ángel de salvacion ó como un génio fatal? ¿Debia esperar de él ó temblar por él? Mil conjeturas oprimian á la vez su pensamiento y le ahogaban como una llama se extingue por sobra de alimento; las ideas y las sensaciones que acabamos de indicar pasaron por su mente como un relámpago en el momento en que el hijo del virey dijo cómo se llamaba. Ethel fué la primera que le reconoció, y estaba ya desmayada cuando le reconocieron los demás.

Volvió en sí por segunda vez merced á los cuidados de la misteriosa dama, y, pálida y desencajada, volvió á abrir los ojos, en los que ya estaba seco el manantial de las lágrimas. Tendió ávidamente al jóven, que permanecía en pié y sereno en medio del tumulto general, una de esas miradas que penetran hasta el fondo del corazón: ya habia cesado la turbacion en el tribunal y en el pueblo y aun resonaba en sus oídos el nombre de Ordener Guldenlew. Observó con dolorosa inquietud que llevaba vendado el brazo derecho y que sus manos estaban encadenadas; observó que su capa estaba desgarrada y que su fiel sable no pendía de su cinturón. Nada escapó á su solicitud, porque los ojos de la amante se parecen á los de la madre. Abrazó con toda el alma al que no podia abrazar con los brazos; y es preciso confesar, para gloria y para oprobio del amor, que en el recinto que encerraba á sus perseguidores, Ethel no vió más que á un solo hombre.

Fuése restableciendo el silencio poco á poco, y el presidente comenzó el interrogatorio del hijo del virey.

—Señor baron, dijo con voz trémula...

—Aquí no me llamo *señor baron*, respondió Ordener con voz firme; aquí me llamo Ordener Guldenlew, como el que fué conde de Griftenfeld se llama Juan Schumacker.

El presidente se quedó cortado sin saber qué decir.

—Pues bien, repitió; Ordener Guldenlew, supongo que alguna fatal casualidad será causa de que os halleis en nuestra presencia. Los rebeldes os habrán sorprendido en alguno de vuestros viajes, os habrán obligado á seguirles, y por eso, sin duda, os encontraron en sus filas.

El secretario se levantó y dijo:

—El nombre solo del hijo del virey de Noruega es garantía suficiente para el interesado. El baron Ordener Guldenlew no puede ser rebelde. Nuestro ilustre presidente explicó, satisfaciéndonos á todos, su impertinente aprehension entre los sublevados; el único error del noble prisionero ha consistido en no descubrir su nombre. Pedimos, pues, que inmediatamente se le ponga en libertad, abandonando toda acusacion contra él y lamentando sinceramente que se haya sentado en el banco envilecido por Schumacker y sus cómplices.

—Qué queréis decir? exclamó Ordener.

—El secretario íntimo, dijo el presidente, renuncia á acusaros.

—Pues no cumple con su obligacion, contestó el jóven acusado con voz firme y sonora; yo soy aquí el único reo, debo ser juzgado y se me debe condenar. Detúvose un momento y luego añadió con voz menos firme:—Porque yo soy el único culpable.

—El único culpable! gritó el presidente.

—El único culpable! repitió el secretario íntimo.

Nueva expresion de sorpresa se manifestó en el auditorio. La desgraciada Ethel se estremeció, sin pensar que la declaracion de su amante salvaba la vida de su padre. La hermosa enamorada solo vió en ella la muerte de Ordener.

—¡Alabarderos, que se guarde silencio! El presidente aprovechó de aquel momento de rumor para ordenar sus ideas y para recuperar su presencia de espíritu.

—Ordener Guldenlew, repuso, explicaos.

El jóven quedó un instante pensativo,

luego suspiró con violencia, y despues pronunció las palabras que siguen, con tono sereno y resignado:

—Sé que me espera una muerte infame, cuando mi vida pudiera ser bella y gloriosa; pero Dios leerá en el fondo de mi corazón, solo Dios!—Voy á llenar el primer deber de mi existencia; voy á sacrificarle mi sangre, mi honor quizás, pero moriré sin remordimientos y sin arrepentirme. No os admireis de mis palabras, señores jueces, porque existen en el alma y en el destino de los hombres misterios que no podeis penetrar y que serán juzgados en el cielo. Escuchadme, pues, y obrad conmigo como os inspire la conciencia, cuando hayais absuelto á esos infortunados y sobre todo al venerable Schumacker, que ha expiado ya en su cautiverio más crímenes de los que puede cometer un hombre.—Yo soy culpable, nobles jueces, yo soy el único culpable. Schumacker es inocente; estos otros infelices fueron alucinados. El autor de la rebelion de los mineros soy yo.

—Vos! exclamaron simultáneamente y con expresion singular el presidente y el secretario.

—Yo, y os ruego que no me interrumpais, pues deseo acabar pronto, y acusándome, justifico á estos desgraciados. Yo sublevé á los mineros en nombre de Schumacker, yo hice distribuir las banderas entre los rebeldes, yo les envié en nombre del prisionero de Munckholm armas y dinero. Hacket era agente mio.

Al oír este nombre, el secretario íntimo hizo un gesto de estupor.

—No quiero haceros perder el tiempo, señores. Me hicieron prisionero entre las filas de los mineros, á los que arrastré á la rebelion. Yo solo lo he hecho todo; ahora juzgad. Si probé que cometí el crimen, probé al mismo tiempo la inculpabilidad de Schumacker y la de estos infelices que creéis cómplices suyos.

Esto dijo el jóven levantando los ojos al cielo. Ethel, exánime, respiraba apenas y le parecia que Ordener, cuando justificaba á su padre, pronunciaba con amargura el nombre de éste. Las palabras que acababa de pronunciar el noble hijo del virey la admiraban y la aterraban, sin poderlas comprender, y en todo lo que heria sus sentidos solo veía con claridad la desgracia.

Sentimientos de igual género parecia que agitaban al presidente, como si no pudiese creer nada de cuanto estaba oyendo. Dirigió, esto no obstante, la palabra al acusado.

—Si sois, en efecto, el único autor de la rebelion, ¿con qué objeto la habeis fomentado?

—No puedo decirlo, contestó Ordener. Extremecióse la pobre Ethel al oír al presidente replicar, casi irritado:

—¿No sosteniais ciertas relaciones con la hija de Schumacker?

Ordener, á pesar de estar encadenado, dió un paso hacia el tribunal y gritó con indignacion:

—Canciller Ahlefeld, contentaos con que os entregue mi vida y respetad á una doncella noble é inocente. No intentéis deshonorarla por segunda vez.

Ethel, que sintió la sangre agolpársele al rostro, no pudo comprender lo que significaba *por segunda vez*, que recalcó el defensor con energía; pero era de creer que sí que las comprendía el presidente, á juzgar por la cólera que se pintó en su semblante.

—Ordener Guldenlew, no olvideis tampoco el respeto que debeis á la justicia del rey y á sus supremos magistrados. Os reprendo en nombre del tribunal. Os intimo por segunda vez á que me declareis el objeto de haber cometido el crimen de que os acusais.

—Pues yo tambien os contesto por segunda vez que no puedo decirlo.

—¿No fué, repuso el secretario, por librar á Schumacker?

Ordener guardó silencio.

—No os obstineis en callar, replicó el presidente; está probado que sosteniais secreta inteligencia con Schumacker, y la declaracion de que sois culpable acusa, más que justifica, al prisionero de Munckholm. Ibais con frecuencia á dicho castillo, y concedíais á esas visitas mayor importancia que hubiera tenido para vos la mera curiosidad, como lo atestigua este cintillo de diamantes.

El presidente le tomó de encima de la mesa y se lo presentó á Ordener, diciéndole:

—¿Confesais que esta alhaja os ha pertenecido?

—Sí, pero ignoro por qué casualidad...

—Pues bien; uno de los rebeldes la entregó antes de espirar á nuestro secretario íntimo, declarando que la recibió de vos como recompensa por haberos transportado desde Drontheim á la fortaleza de Munckholm. Y ahora pregunto yo, señores jueces, ¿se dá paga tan enorme á un simple marinero, á no atribuir grande importancia el acusado á las visitas á la prision de Schumacker?

—Es cierto cuanto dice su cortesía,

contestó Kennybol, y recuerdo haber oído referir eso mismo á mi desgraciado compañero Guldon Hayper.

—Silencio, dijo el presidente; dejad que responda Ordener Guldenlew.

—No negaré, contestó éste, que yo deseara ver á Schumacker. Pero ese cintillo nada significa. No se puede entrar con diamantes en la fortaleza; el marinero que me llevó en la lancha me habló durante la travesía de su miseria, y le di el cintillo, que no podía entrar...

—Perdonadme, le interrumpió el secretario íntimo; el reglamento exceptúa de esta medida al hijo del virey, por lo que hubiérais podido...

—No quería decir mi nombre.

—Por qué preguntó el presidente.

—Eso es lo que no puedo decir.

—La inteligencia entre Schumacker, su hija y vos, prueban que el objeto de vuestro complot era libertarlos.

Schumacker, que hasta entonces no dió otras muestras de atención que algun desdeñoso movimiento de hombros, se puso en pié y exclamó:

—Libertarme! el objeto de esa intriga infernal no ha sido otro que el comprometerme y acabarme de perder. ¿Creeis que Ordener Guldenlew confesaria su crimen si no se le hubiera encontrado entre los insurrectos? No, que ya veo que heredó el odio que su padre me profesaba. En cuanto á las relaciones que se le suponen conmigo y con mi hija, quiero que sepa Guldenlew que mi hija ha heredado tambien mi odio á él como á toda la raza de los Guldenlews y de los Alefelds.

Ordener suspiró profundamente, mientras que Ethel desmentia á su padre en voz baja y éste volvía á sentarse en el banco, palpitando aun de cólera.

—El tribunal juzgará, dijo el presidente.

Ordener, que al oír á Schumacker bajó los ojos en silencio, pareció despertar, y habló:

—Nobles jueces, escuchadme. Vais á fallar segun os inspire la conciencia, pero no olvideis que aquí el único culpable es Ordener Guldenlew; Schumacker es inocente, y esos otros desventurados fueron engañados por mi agente Hacket. Yo hice todo lo demás.

Kennybol le interrumpió:

—Este jóven dice la verdad: él se encargó de traernos al famoso Han de Islandia; y yo sé que fué á buscarle á la caverna de Walderhog para proponerle que fuera nuestro jefe. Me confió el se-

creto de su empresa en la aldea de Surb, en casa de mi hermano Braall. En todo lo demás tambien dice la verdad este jóven; ese pícaro Hacket nos engañó á todos, por lo que no merecemos ser condenados á muerte.

—Señor secretario íntimo, se cierra la discusión. Decidnos ahora qué conclusiones sacais de ella.

Levantóse el secretario, saludó repetidas veces al tribunal, arregló los pliegues de su valona de encaje, sin separar ni un instante la vista del presidente, y dejó al fin caer de sus labios estas palabras, con voz pausada y lúgubre:

—Señor presidente, respetables jueces: la acusación queda victoriosa. Ordener Guldenlew, que mancilla para siempre el esplendor de su glorioso nombre, solo consiguió hacer patente su culpabilidad, pero no demostró la inocencia de Schumacker ni de sus cómplices, Han de Islandia, Wilfredo Kennybol, Jonás y Norbith.—Pido á la justicia del tribunal que se declare á los seis acusados culpables del crimen de alta traición y de lesa majestad.

La muchedumbre prorumpió en sorrido murmullo. El presidente iba ya á levantar la sesión, cuando el obispo pidió la palabra.

—Doctos jueces, dijo, conveniente es que sea lo último que se diga aquí la defensa de los acusados. Desearia que ésta estuviese á cargo del abogado más digno, porque yo ya estoy viejo y débil y no me quedan más fuerzas que las que me inspira Dios. Me asombran las severas conclusiones del secretario íntimo. Nada en el curso del proceso prueba la culpabilidad de Schumacker. Es imposible atribuirle participación directa en la insurrección de los mineros, y pues que el acusado Ordener Guldenlew declara haber abusado del nombre de Schumacker, y además ser el único autor de la culpable sedición, todas las sospechas y todas las presunciones que recaian sobre Schumacker quedan desvanecidas; debeis, pues, en justicia, absolverle. Recomiendo los otros prisioneros á vuestra cristiana indulgencia, ya que han sido seducidos y alucinados, como la oveja del Buen Pastor, y hasta os recomiendo al mismo Ordener Guldenlew, que tiene el mérito, muy grande á los ojos del Señor, de confesar su crimen. Tened presente, señores jueces, que se halla aun en la edad en que el hombre puede tropezar y hasta caer, sin que Dios rehuse sostenerle ó levantarlo. Or-

dener lleva apenas sobre sus hombros la cuarta parte de la carga de la existencia, que pesa ya casi entera sobre mi cabeza. Poned en la balanza de vuestros juicios su juventud y su inexperiencia, y no le priveis tan pronto de la vida que el Señor acaba de darle.

El anciano calló y fué á sentarse junto á Ordener, que le sonreía, mientras que invitados por el presidente, los jueces se levantaban del tribunal y entraban silenciosos en la sala de deliberar.

Mientras algunos hombres decidían de la suerte de seis acusados, en el terrible santuario, inmóviles los reos seguían sentados en el banco, entre dos filas de alabarderos. Schumacker, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sumergido en profunda meditación; el gigante, paseando su mirada de un lado á otro, viéndose pintada en ella estúpida confianza; Jonás y Kennybol, con las manos atadas, rezando en voz baja, y Norbith golpeando el suelo con el pié, ó sacudiendo las cadenas con estremecimientos convulsivos. Entre él y el venerable obispo, que leía los salmos penitenciales, estaba Ordener, cruzado de brazos y mirando al cielo.

Detrás de ellos se oía el rumor de la muchedumbre que estalló impetuosamente á la salida de los jueces. El famoso cautivo de Munckholm, el temible demonio de Islandia, y sobre todo el hijo del virey, ocupaban todos los pensamientos, todas las palabras y todas las miradas. El rumor, en el que se confundían quejas, risas y gritos, que se escapaban del auditorio, aumentaba y disminuía, como llama mecida por el viento.

Pasáronse así largas horas de espera. De vez en cuando miraba la multitud á la sala de las deliberaciones, pero de ella solo veía á los dos soldados que se paseaban delante de la puerta, con sus lucientes partesanas, como mudos fantasmas.

Empezaban ya á palidecer las lámparas y las antorchas, y ya blancos reflejos del alba penetraban por los estrechos vidrios de la estancia, cuando la terrible puerta se abrió. Silencio profundo reemplazó instantáneamente al tumulto del auditorio, y ya no se oyó más que la respiración cansada y el vago y sordo movimiento de la multitud, que esperaba con ansiedad oír la sentencia.

Los jueces, que iban saliendo con pasos lentos de la cámara de las deliberaciones, volvieron á ocupar sus asientos en el tribunal, con el presidente, que entró delante de ellos.

El secretario íntimo, absorbido en sus meditaciones durante la ausencia de los jueces, al verles entrar les hizo profundo saludo.

—Señor presidente, dijo, estamos dispuestos á oír con religiosa veneración la sentencia que el tribunal, juzgando sin apelación, haya dictado en nombre del rey.

El juez que se sentaba á la derecha del presidente se puso en pié con un pergamino en la mano, y dijo:

—Su gracia, nuestro glorioso presidente, fatigado por la duración de esta larga audiencia, se digna encargarnos á Nos, síndico mayor del Drontheimnus, presidente natural de este tribunal respetable, de leer en su lugar la sentencia pronunciada en nombre del rey. Vamos, pues, á cumplir este honorífico, pero penoso deber, recordando al auditorio que guarde silencio ante la inflexible justicia del monarca.

Tomó la voz del síndico mayor inflexión grave y solemne, y todos los corazones palpitaron.

—En nombre de nuestro venerado monarca y legítimo señor Christiern, rey: Hé aquí el fallo que Nos, jueces del alto tribunal del Drontheimnus, pronunciamos, segun nuestras conciencias, relativo á Juan Schumacker, prisionero de Estado; á Wilfredo Kennybol, habitante de las montañas de Kole; á Jonás, minero real; Norbith, minero real; á Han de Klipstadur y á Ordener Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog; todos acusados de crímenes de alta traición y de lesa majestad; Han de Islandia es acusado además de los crímenes de asesinato, incendio y latrocinio.

1.º Juan Schumacker no es culpable.

2.º Wilfredo Kennybol, Jonás y Norbith son culpables, pero el tribunal los escusa, porque fueron alucinados.

3.º Han de Islandia es culpable de todos los crímenes que se le imputan.

4.º Ordener Guldenlew es culpable de alta traición y de lesa majestad.

El juez se detuvo un momento para tomar aliento. Ordener fijó en él una mirada llena de alegría celeste.

—Juan Schumacker, continuó el juez, el tribunal os absuelve y os vuelve á enviar á vuestro encierro.

Kennybol, Jonás y Norbith; el tribunal reduce la pena en que habeis incurrido á detención perpétua y á la multa de mil escudos reales por cada uno.

Han de Klipstadur, asesino é incendiario, sereis conducido esta tarde á la

plaza de armas de Munckolm y ahorcado por el pescuezo hasta que muerto quedéis.

Ordener Guldenlew, traidor, despues de degradaros de vuestros títulos delante de este tribunal, sereis conducido esta noche al mismo sitio con una tea en la mano para ser allí decapitado, quemado el cadáver, aventadas las cenizas y expuesta la cabeza á la vergüenza pública.

Retiraos todos. Tal es la sentencia pronunciada por la justicia infalible del rey."

Apenas acabó la lectura el síndico mayor, un grito desgarrador se oyó en la estancia. Aquel grito sobrecogió más á los espectadores que el fúnebre aparato de la sentencia de muerte; aquel grito hizo palidecer un instante la frente serena y radiante de Ordener.

XLIV.

La desgracia los hizo iguales.
(CARLOS NODIER.)

Na no hay remedio, todo acabó. Ordener salvó al padre de su adorada y á ella la salvó conservándola el apoyo paternal. La noble conspiración del jóven en favor de la vida de Schumacker ha triunfado y él ya no tiene más remedio que morir.

Los que le creyeron culpable ó insensato le juzgarán ahora como se juzga á sí mismo en el fondo de su alma con inefable deleite. Al comprometerse con los rebeldes, lo hizo con la idea de que si no podia impedir la ejecucion del crimen de Schumacker, podria al menos impedir el castigo, atrayéndolo sobre su cabeza.

—Sin duda Schumacker es culpable, se decia á sí mismo, pero es disculpable el crimen, agriado como está por su larga cautividad y por su doloroso infortunio. Solo desea salir de la cárcel y lo intenta por medio de la rebelion.—Por otra parte, ¿qué seria de Ethel si le roban á su padre, si le pierde en el cadalso? Si un nuevo oprobio viene á mancillar su vida, ¿qué será de ella, sin sostén, sin amparo, sola en un calabozo ó vagando errante y perseguida por sus enemigos? Esta idea le decidió á sacrificarse y se preparó con alegría para el sacrificio; porque la mayor felicidad del sér que ama consiste en inmolarse su existencia, no digo por la vida, sino por una sonrisa ó por una lágrima del sér amado.

Cogieron, pues, á Ordener entre los rebeldes, lleváronle á la presencia de los

jueces que debian condenar á Schumacker; pronunció con voz entera su heroica mentira; fué condenado á muerte, á muerte cruel, en suplicio ignominioso, para dejar en el mundo infame memoria; pero en cambio salvaba la vida del padre de Ethel.

Está sentado, cargado de cadenas, en húmedo calabozo, en el que apenas penetran la luz y el aire por sombríos respiraderos; cerca de él está el alimento que ha de comer en lo que le resta de vida; pan negro y un cántaro lleno de agua; grillete de hierro pesa sobre su cuello y esposas oprimen sus manos y sus piés. Cada hora que pasa arrebatada á Ordener mayor cantidad de vida que un año entero á los demás mortales.

—Quizás mi recuerdo no muera conmigo, al menos en un corazón; ¡quizás me dará ella algunas lágrimas en cambio de toda mi sangre derramada! ¡Quizás consagrará ella algunas veces un pensamiento al que le sacrificó la existencia! ¡Quizás en sus sueños virginales se le aparecerá la confusa imágen de su perdido amante! ¿quién sabe lo que hay detrás de la muerte? ¿quién sabe si las almas, libres de su cárcel material, volverán algunas veces al mundo á velar por las almas que aman, á visitar misteriosamente á las tiernas compañeras, todavía cautivas, y á traerlas en secreto alguna virtud de los ángeles y alguna alegría del cielo?

Muchas veces ideas amargas se mezclaban á estas consoladoras meditaciones de Ordener. El odio que Schumacker le manifestó, en el instante mismo de realizar el sacrificio, oprimia su corazón. El grito desgarrador que oyó al tiempo de publicarse su sentencia de muerte le conmovió profundamente, porque fué el único del auditorio que reconoció la voz que lanzaba aquel grito de dolor. Además, ¿no volveria ya á ver á Ethel? ¿Tendria el vivo sentimiento de pasar los últimos instantes de su vida en la misma prision que á ella la encierra, sin poder estrechar ni una sola vez la suave mano y oír la dulce voz de la mujer por la que vá á morir?

Abandonaba así su alma á la yaga y triste distraccion, que es al pensamiento lo que el sueño á la vida, cuando oyó que rechinaban ásperamente los antiguos cerrojos mohosos de la pesada puerta de hierro de su calabozo, que se abria sobre sus gonces. Ordener se levantó con tranquilidad y casi contento, creyendo que seria el verdugo que vendria

á buscarle, porque él ya se habia despojado de la existencia, como de una capa inútil que se abandona.

El condenado á muerte se equivocó: á la puerta de su prision apareció una figura blanca y esbelta, semejante á luminosa vision. Ordener dudó de lo que veia, preguntándose si estaba ya en el cielo, porque era ella, era Ethel.

Cayó la jóven sobre los brazos encadenados de su amante: cubria las manos de Ordener de lágrimas, que enjugaban las largas trenzas de sus cabellos tendidos; besaba las cadenas del reo, lastimaba sus labios puros con los infames grilletes; no hablaba, pero la parecia que todo su corazón iba á escapársele en la primera palabra que saliera de su boca. El gozaba la alegría más celeste que en su vida disfrutó: estrechaba en su pecho cariñosamente á Ethel, y las fuerzas reunidas de la tierra y del infierno no hubieran bastado para arrancársela de los brazos. El sentimiento de su cercana muerte daba solemnidad á su éxtasis y se apoderaba de Ethel como si hubiera tomado posesion de ella para toda la eternidad.

No preguntó á aquel ángel cómo pudo llegar hasta allí; la tenia en sus brazos y no pensaba en nada más. No se asombraba de verla allí, ni se preguntaba asimismo cómo una jóven proscripta, débil, aislada, pudo, á pesar de las triples puertas de hierro y las triples filas de soldados, abrir su propia prision y la de su amante; todo eso le parecia sencillo, porque su alma tenia la conciencia íntima de que todo lo puede el amor.

¿Por qué hablar con la voz cuando se puede hablar con el alma. ¿Por qué no dejar que los cuerpos escuchen en silencio el lenguaje misterioso de las inteligencias? Los dos callaban, porque hay emociones que no se saben expresar más que callando.

Alzó al fin la jóven la cabeza, que apoyaba sobre el corazón de su amante, y le dijo:

—Ordener, vengo á salvarte, y pronunció estas palabras de esperanza con dolorosa angustia.

Ordener movió la cabeza sonriendo: —Salvame, Ethel!... Te engañas! ¡Es imposible la fuga!...

—Ay! ya lo sé. El castillo está lleno de soldados y todas las puertas que hay que atravesar para llegar aquí están guardadas por arqueros y carceleros que no duermen. Ethel añadió, haciendo un esfuerzo:—Te traigo otro medio de salvacion.

—Esa esperanza es ilusoria. No te alimentes de quimeras; dentro de pocos momentos las disparará el hacha del verdugo.

—¡Oh, no, no, Ordener, tú no morirás! ¡Ocúltame ese horrible pensamiento, ó mejor dicho, preséntamelo con todo su horror, para que me dé fuerzas para llevar á cabo tu salvacion y mi sacrificio!

Habia en el acento de la jóven expresion indefinible. Ordener la miró tiernamente.

—Tu sacrificio! qué quieres decir?

Ethel ocultó el rostro entre las manos y sollozó con voz inarticulada:—¡Dios mio!...

Su abatimiento fué de corta duracion: se puso en pié; brillaban sus ojos y su boca sonreia; estaba hermosa, más hermosa que un ángel que asciende del infierno á la gloria.

—Escúchame, Ordener; no irás al patíbulo. Para que vivas basta que prometas casarte con Ulrica Ahlefeld.

—Con Ulrica Ahlefeld! ¡Ese nombre en tu boca, Ethel mia!

—No me interrumpas, prosiguió ella con la calma de una mártir que sufre la última tortura; vengo aquí enviada por la condesa de Ahlefeld. Te promete conseguirte el perdon del rey á cambio de que te cases con su hija. Me han elegido por mensajera, porque creen que mi voz tendrá influencia sobre tí.

—Ethel, contestó Ordener con voz fria, adios! Cuando salgas de este calabozo haz entrar al verdugo.

La jóven se puso en pié, permaneciendo un instante ante el hijo del virey pálida y temblorosa; luego se le doblaron las rodillas y cayó al suelo cruzando las manos.

—Qué te he hecho yo? murmuró con voz apagada.

Ordener, silencioso, tenia los ojos clavados en las piedras del suelo.

—Ordener, dijo ella arrastrándose de rodillas hasta él, no me respondes? ¿No quieres hablarme? ¡Ah, ya solo me resta morir!

Una lágrima asomó á los ojos del prisionero.

—Ethel, ya no me amas.

—Dios mio! exclamó la pobre jóven estrechando con los brazos las rodillas de Ordener; dices que no te amo! ¿Es cierto que lo has dicho?...

—No me amas, porque me desprecias.

Al momento de pronunciar el prisionero esa palabra cruel, se arrepintió,

porque fué dolorosísimo el acento de Ethel al arrojar á su cuello sus adorados brazos y al exclamar con voz que ahogaban las lágrimas:

—Perdóname, Ordener mio, perdóname como te perdono yo. ¡Despreciarte yo, Dios mio! ¡Cuando sabes que eres mi único bien, mi orgullo, mi idolatría!... Dime, ¿las palabras que pronuncié no encierran profundo amor y ardiente admiración? ¡Tu severo lenguaje me destroza el corazón, cuando vengo á salvarte, sacrificándome por tí!

—Pues bien, respondió el jóven, dulcificándose y enjugando con sus besos las lágrimas de Ethel; ¿no es mostrarme poca estimación venir á proponerme rescatar la vida por el precio de tu abandono, por el cobarde olvido de mis juramentos, por el sacrificio de mi amor? —Y añadió, mirando fijamente á Ethel: —¡De mi amor, por el que derramo hoy toda mi sangre!

Largo gemido precedió á la respuesta de Ethel.

—Escúchame bien, Ordener, y no me acuses con tanta ligereza. Tengo el valor que ordinariamente no tienen las débiles mujeres. Desde lo alto de la torre se vé construir en la plaza de armas el cadalso destinado para tí... tú no conoces el espantoso dolor que causa ver preparar lentamente la muerte del sér que constituye nuestra vida entera. La condesa de Ahlefeld, que estaba cerca de mí cuando oí pronunciar tu sentencia de muerte, vino á buscarme á la torre, á donde yo habia ya vuelto con mi padre. Me preguntó si queria salvarte y me ofreció ese odioso medio: Ordener, era preciso destruir mi porvenir, renunciar á tu amor, perderte para siempre, entregar á otra mujer el hombre adorado, esto es, toda la felicidad de la desventurada Ethel, ó condenarte al suplicio: me daban á elegir entre mi desgracia y tu muerte, y yo no vacilé.

Ordener besó con respeto la mano de aquel ángel.

—Tampoco yo vacilo, Ethel: no hubieras venido á ofrecermela vida á cambio de la mano de Ulrica si supieras por qué muero.

—Cómo? qué misterio...?

—Permíteme tener un secreto para tí, Ethel mia; quiero morir sin que tú sepas si debes odio ó gratitud por mi muerte.

—Tú quieres morir! Dios mio! ¡Es cierto! ¡Levantán el patíbulo en estos momentos y no hay poder humano que

pueda librar de él á mi Ordener! Mira, mira á tu esclava, á tu compañera, y prométeme, Ordener mio, escucharme sin cólera. ¿Estás seguro—responde á tu Ethel como responderías á Dios—de que serias desgraciado al lado de esa mujer, Ulrica Ahlefeld? ¿Estás seguro, Ordener?... Acaso será linda, tierna, virtuosa; quizás valga más que aquella por quien tú vas á morir.—No me vuelvas la cabeza, Ordener mio.—¡Eres tan noble y tan jóven para subir al patíbulo!... Pues bien... irás á vivir con ella en alguna gran ciudad, en la que ya no te acordarás de esta funesta torre; dejarás deslizarse apaciblemente la vida sin pensar en mí; consiento en que me destierres de tu corazón y hasta de tu memoria. Pero vive, déjame sola aquí... déjame... que yo soy la que debo morir. Porque, créeme, cuando sepa que estás en los brazos de otra mujer... no tengas cuidado por mí... que si lo sé, ya sufriré poco tiempo...

Ethel no pudo continuar, porque las lágrimas ahogaron su voz: sin embargo, se leía en sus miradas desoladas el amargo deseo de alcanzar la fatal victoria que debia costarle la vida.

Ordener la dijo:

—Ethel, no vuelvas á hablarme de eso: que no salgan de nuestras bocas en estos momentos otros nombres que el tuyo y el mio.

—Conque estás decidido á morir!...

—Es preciso. Iré alegre por tí al cadalso, iria con horror al altar con cualquiera otra mujer. No vuelvas á hablarme de eso, porque me afliges y me ofendes.

Ethel lloraba, exclamando:

—Vá á morir! Dios mio! ¡Y de muerte infamante!...

El reo la respondió sonriéndola:

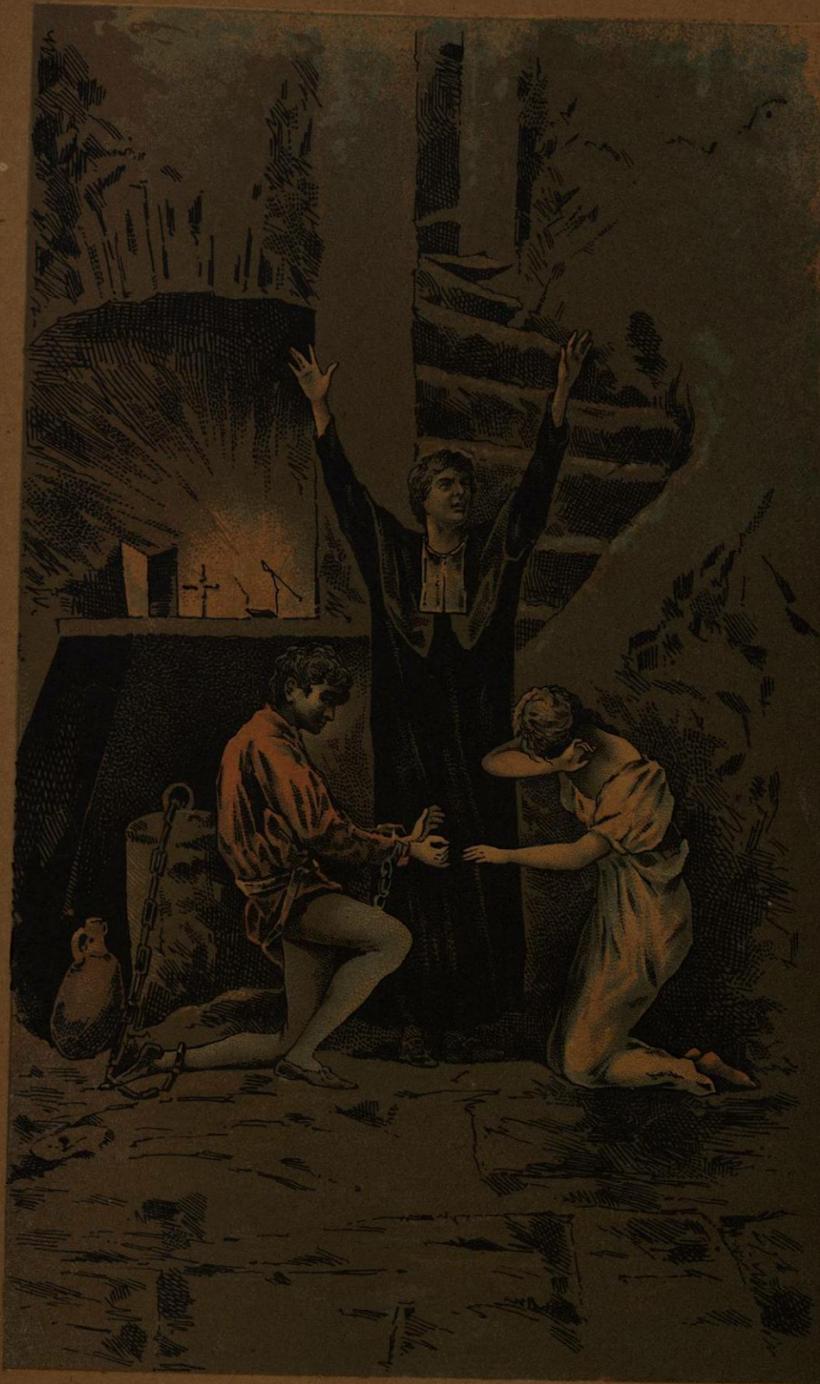
—Créeme, Ethel; menos infamia hay en mi muerte que en la vida que tú me propones.

Al apartar los ojos de su amada vió Ordener á un anciano, vestido con hábitos eclesiásticos, que estaba de pié en la sombra, debajo de la bóveda de la puerta del calabozo.

—¿Qué queréis? le preguntó con aspe-

reza. —Vine aquí con la emisaria de la condesa de Ahlefeld: no me habeis apercibido y esperaba en silencio á que dirigiérais la vista hácia mí.

Ordener no le habia visto efectivamente: no veía más que á Ethel, y ésta, viendo á Ordener, habia olvidado á su compañero.



HÉ AQUI MI ANILLO.